

## SERMON

### PARA EL QUINTO DIA DE MISION.

*Beati mortui qui in Domino moriuntur;  
opera enim illorum sequuntur illos.*

Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les acompañarán.

Apoc. cap. XIV, v. 13.

Amadísimos hermanos míos en Jesucristo. Si en el discurso anterior no pude menos de atemorizaros, hablándoos de las penas eternas que en el infierno sufren los réprobos, tuve por objeto el que este saludable temor os hiciese aborrecer el pecado que á tan triste y lamentable fin conduce. Con el mismo objeto y deseoso de que os alenteis cada día mas en practicar el bien, teniendo una vida verdaderamente cristiana, vengo hoy á hablaros del último de los cuatro novísimos, que es la Gloria, que disfrutan para siempre aquellos que cumplen con exactitud los deberes que á todo hombre ligan para con Dios; para consigo mismo y para con sus semejantes. Dios es justo, y así como ha preparado castigos de eterna duración para el malvado, ha preparado una felicidad igualmente eterna para los que cumplen su divina ley, ó que si han tenido la desgracia de

faltar á ella, han lavado su infidelidad por una verdadera penitencia.

Si yo me propusiese hacer una descripción de la Gloria, y haceros conocer toda la dicha y felicidad del que la posee, emprenderia una tarea imposible de llevar á cabo. Mientras somos viadores no nos es dado comprender lo que no está al alcance de nuestra menguada inteligencia. El apóstol San Pablo tuvo la dicha de ser elevado al tercer cielo: ¿y qué nos dice? Tan solamente que vió y oyó palabras secretas que al hombre no le es lícito hablar (1). ¿Qué, pues, podría deciros yo de ese palacio augusto de la divinidad? Pero siendo así, que como dice el citado Apóstol, por las cosas visibles de Dios podemos llegar al conocimiento de las invisibles (2), bástanos contemplar el brillante espectáculo que presenta la naturaleza, la azulada bóveda del firmamento y la hermosura y brillantez de los astros, para venir en conocimiento de que si tan hermoso es el mundo formado para habitación del hombre, debe ser sin comparación mucho mas preciosa la que está hecha para morada de Dios. Con decir que el Bienaventurado goza de la vision beatífica, que comprende todos los misterios que no nos es dado comprender mientras somos viadores, y que en suma, han de ser por siempre cortesanos del Monarca de las eternidades, disfrutando de los bienes todos, se comprende cuán grande é inestimable es la felicidad del que penetra por aquellas puertas eternales.

(1) Et audivi arcana verba, quæ non licet homini loqui. II ad Cor. cap. XII, v. 4.

(2) D. Pau. ad Rom. cap. I, v. 20.

Ahora bien, mis amados hermanos: ¿Qué deberemos hacer para conseguir ese fin tan dichoso? Ved lo que me propongo demostraros en el presente discurso. Si el pensamiento de la eternidad desgraciada es muy propio para hacernos huir del pecado y practicar la virtud, el pensamiento de las recompensas debe estimularnos mas y mas á practicar las buenas obras.

Jesucristo nuestro Redentor, que nos ha abierto las puertas de los cielos, haciéndonos adquirir de nuevo el hermoso título de hijos de Dios, del que estábamos desposeídos desde el pecado de nuestros primeros padres, nos ha enseñado con su ejemplo y doctrina á practicar las virtudes que nos han de hacer participantes de la herencia celestial. La humildad, la obediencia á la divina ley, la caridad ejercida en toda su estension, la resignacion en los trabajos son los caminos que nos ha dejado trazados. Pero no voy á hablaros hoy de las buenas obras en particular, sino en general, demostrando en la primera parte: que *las buenas obras deben ser el testimonio de nuestras creencias religiosas*. Y en la segunda, que *la grandeza de la recompensa, que es la Gloria, debe estimularnos á practicarlas*.

Antes de presentar las pruebas de estas verdades, supliquemos al Señor se digne favorecernos con los auxilios de su gracia. A este fin interpongamos la mediacion poderosa de la Santísima Virgen, á la que saludaremos reverentes con la salutacion angélica: *Ave Maria*.

### PRIMERA PARTE.

No puedo, mis amados oyentes, entrar de lleno en la esplanacion de pruebas al asunto propuesto, sin hablar antes de la fé, por la union íntima que existe entre ella y las buenas obras. Al modo que como dice el apóstol Santiago, que la fé sin obras es muerta (1), las obras hechas sin fé, no son meritorias de la vida eterna. La fé es una necesidad en el hombre, pues que por ella llega al conocimiento de la verdad, al que no podria llegar jamás si viviese abandonado á sí mismo, y no tuviese mas guia que su razon.

Dotado el hombre de una inteligencia asaz menudada, encuentra misterios impenetrables: mas allá de su razon descubre un horizonte á través del cual, nada distingue ni comprende, por mas que sospeche la existencia de grandes cosas, de arcanos impenetrables. Tiene, pues, que rendirse, tiene que confesar su pequeñez, y si la fé viene en su ayuda, y le hace conocer algo mas, entonces no puede menos de confesar que la fé es un tesoro inestimable, un don precioso. El individuo y la sociedad necesitan la fé: sin ella, dice un sábio escritor, la sociedad y la familia fueran imposibles, el individuo estaria condenado al aislamiento y por lo tanto á la muerte.

No voy á hablar de la fé que anima al artista y tambien al hombre de ciencia para llegar al descubrimiento de axiomas que se creen sin demostracion y que una vez descubiertos le han de hacer adquirir una gran reputacion. Esta fé es ciertamente una condicion

(1) Fides sine operibus mortua est. Jacob. cap. II, v. 26.

en la ciencia humana, y una necesidad para el hombre: ella es la que desarrolla las ideas y da gigantesco impulso á las ciencias y á las artes: ella es la que da vida á la sociedad porque es la que produce los grandes adelantos; sin esta fé no existirían seguramente los preciosos lienzos de Juan de Juanes, Murillo, Ribalta y otros célebres pintores, ni la música hubiera llegado á la altura en que la vemos. Pero hablamos, señores, de la fé divina, de la fé que da vida al espíritu, de la fé religiosa que sin duda animó el génio de aquellos grandes hombres, de esa fé que eleva nuestro espíritu al conocimiento de las cosas invisibles de Dios, y sin la que nada sabríamos de la divina esencia, ni de la naturaleza angélica, ni de la felicidad de la Bienaventuranza. El mismo Rousseau, se explica de este modo: Dios, el Sér incomprendible no se deja ver por nuestros ojos, ni palpar por nuestras manos: sus obras le hacen patente, pero Él se esconde, y no es corto trabajo el que cuesta venir á conocimiento de que existe (1). Pues ved lo que obra la fé, que elevándonos sobre nosotros mismos, nos hace penetrar en espíritu en las regiones desconocidas.

La fé, digámoslo así, es el alma de la religion, pues que sin ella no puede existir, por lo que aun los pueblos que mas han errado en sus creencias, han buscado siempre ese alimento del alma. Oid á Cicerón: Es preciso renunciar á todo raciocinio y creer lo que nos transmitieron los antiguos respecto á las cosas sagradas, y á la religion las cuales he defendido y defenderé siempre (2). De tal modo se espresa este gran filósofo del gentilismo.

(1) Emilio, lib. 3.

(2) Opiniones quas á majoribus accepimus de diis immortalibus,

Podemos ya entrar de lleno en la demostracion de la proposicion que sentimos. ¿Para qué hemos venido al mundo? ¿Cuál es nuestra mision sobre la tierra? ¿Para qué el Hacedor Supremo nos ha dotado del don precioso de la razon, distinguiéndonos de este modo de los irracionales? Para que sepamos dirigirnos á El, por medio de las buenas obras. Para que hagamos por el conocimiento lo que hacen los demas seres criados sin conocer las leyes en virtud de las cuales lo verifican. La piedra no sabe por que busca su centro, ni la planta conoce las leyes de su vida, así como la semilla depositada en el centro de la tierra, ignora el por qué se abre paso á través de la corteza que le cubre, y crece y arroja su fruto sin tener conciencia de su vida, ni comprender los bienes que dispensa á otras existencias. Así el hombre podria practicar el bien sin conocerlo, obedeciendo á una ley oculta, si así lo hubiese dispuesto el autor de los seres. Pero lejos de ser así, le ha dotado de razon, le ha señalado el bien y el mal, haciéndole conocer sus leyes, su bien y su fin, dejándole en el uso de su libertad, por la que puede infringir las primeras, abdicar del segundo y separarse del tercero. La gloria es un bien gratuito ofrecido por Dios al hombre en recompensa de la fidelidad á sus mandatos. El pecado nos hizo perder el derecho que á bien tan inestimable nos habia sido dado, y tanto amó Dios al hombre que nos dió á su Unigénito Hijo (1) el cual nos redimió con su preciosa

sacra, caremonias, religionesque, ego eas defendam semper, semperque defendi... Fac nunc ergo intelligam tu quid sentias: á te enim philosopho rationem accipere debeo religionis: majoribus autem nostris etiam multa ratione reddita credere. Cic. de Nat. Deor. lib. 3, capítulo II.

(1) Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum Unigenitum daret. Joan, cap. III, v. 16.

sangre, y en virtud de su sacrificio, volvimos á adquirir nuestros perdidos derechos. Pero para alcanzar los frutos de la Redencion, no basta tan solamente la fé, como quieren los protestantes, sino que es necesario la práctica de las buenas obras; razon por la cual el apóstol San Pedro se espresa en estos términos: Haced los mayores esfuerzos para afirmar vuestra vocacion y eleccion por medio de las buenas obras: *Magis satagite ut per bona opera certam vocationem et electionem faciatis* (1).

Si somos obra de Dios en Jesucristo, dice San Pablo, al producir en nosotros esta nueva creacion, fué su designio disponernos para emplearnos en la práctica de las buenas obras (2). Si pretendéis, pues, conseguir el fin, es decir, la posesion de la gloria por una fé que no vaya acompañada de buenas obras, pretendéis un imposible. En confirmacion de esto, oid al mismo Apóstol que acabamos de citar: «Jesucristo no murió sino para conquistar un pueblo que se emplease con celo y con ardor en la práctica de las buenas obras (3).» Y ciertamente en las buena obras consiste la fé, pues que esta no ha de ser una especulacion estéril de nuestros misterios. No basta creer estos misterios superiores á nuestra razon é inteligencia y creerlos solamente porque están consignados en las Sagradas Escrituras. Es necesario mas: es preciso vivir conforme á lo que se cree. ¿Por qué existe una diferencia tan notable entre los cristianos actuales, y los de la primera época del

(1) II. Petr. cap. I, v. 10.

(2) *Ipsius enim sumus factura, creati in Christo Jesu in operibus bonis, quæ præparavit Deus, ut in illis ambulemus.* Ad Ephes. capitulo II, v. 10.

(3) *Dedit semetipsum pro nobis... ut mundaret sibi populum acceptabilem sectatorem honorum operum.* Ad Tit. cap. II.

cristianismo? ¿No existe la misma fé? ¿No creemos las mismas verdades que ellos creian? Indudablemente. Sin embargo, entonces ser cristianos era ser santos y esto consistia en que con el mayor celo arreglaban sus obras á sus creencias. De este modo la fé en ellos era viva, eficaz, operativa, y sus obras, meritorias de la vida eterna.

Si, pues, son necesarias las buenas obras y ellas deben ser el testimonio de nuestras creencias religiosas, claro es que deseareis saber cuáles son estas buenas obras que quiere Dios del cristiano. Mucho hay que enseñar en este punto y mucho que reprender; porque no son pocos los que creen que practican buenas obras, y que por lo tanto tienen derecho al cielo porque asisten á algun ejercicio de religion y piedad, ó porque practican algunas devociones estériles, al tiempo mismo que viven llenos de las mayores imperfecciones. A los que tienen estas virtudes aparentes los ha señalado el mismo Jesucristo en el Evangelio, diciendo que son semejantes á los sepulcros blanqueados, que parecen de fuera hermosos á los hombres, y dentro están llenos de huesos de muertos y de toda suciedad (1).

Asi es, M. A. O.; sepulcros blanqueados son esos hipócritas, que cubriendo el pecho por fuera con un escapulario que les hace aparecer devotos, tienen el corazon lleno de ponzoña: sepulcros blanqueados son los que siendo los primeros en la asistencia á toda fiesta religiosa, é inscribiéndose en las cofradías ó hermandades, no por verdadera y sólida piedad, sino por ser vistos y lucir las insignias ó medallas que les distinguen, viven al mismo tiempo enredados

(1) Math. cap. XXIII, v. 27.